

Rabindranaz Tagore

El cartero del rey

El asceta

El rey y la reina

Traducción de Zenobia y Juan Ramón Jiménez,
según el texto inglés, escrito y revisado
por el propio autor



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Zenobia y Juan Ramón Jiménez obtuvieron la autorización exclusiva de Rabindranaz Tagore para traducir sus obras al español y publicarlas y representarlas en España y la América española.

Primera edición: 1983
Tercera edición: 2018

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Lucía M. Diz

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Visva-Bharati University, Kolkata, India
© de la traducción: Herederos de Juan Ramón Jiménez
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1983, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-327-9
Depósito legal: M. 31.329-2018
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

El cartero del rey (poema dramático)

13 Acto primero

49 Acto segundo

El asceta (Sanyasi) (poema dramático)

75 Uno

76 Dos

94 Tres

101 Cuatro

El rey y la reina (poema dramático)

111 Acto primero

133 Acto segundo

El cartero del rey

(poema dramático)

Personajes

MADHAV

AMAL, hijo adoptivo de MADHAV

SUDHA, niña que vende flores

EL MÉDICO

EL LECHERO

EL GUARDA

EL VIEJO

EL JEFE DE LA ALDEA, un valentón

EL HERALDO DEL REY

EL MÉDICO REAL

NIÑOS DE LA ALDEA

CANCIÓN A AMAL MUERTO

Duerme. Sudha no te ha olvidado, y el Rey viene esta noche, Amal. Duerme tranquilo. Duerme, que, cuando despiertes, verán tus ojos las flores de Sudha en tus manos, y el rostro del Rey en tu rostro. Duerme.

Duerme bien. No te importe dormirte del todo... Duerme para siempre, ¡que vas a ver la estrella polar en su palacio negro!

Duerme en tu cuarto abierto ya de par en par a tu alma. Las mismas estrellas, que saben que eres Amal, te traerán a la hora en que venga el Rey. Duerme... De tu jardín eterno sé que volverás, Amal, porque esperan tu despertar, en tus manos, las flores de Sudha... Duerme...

Juan Ramón Jiménez

Acto primero

Escena primera

(En casa de MADHAV.)

MADHAV y EL MÉDICO

MADHAV

... ¡No sé qué es esto! Antes de venir él, todo me era igual, ¡y me sentía tan libre! Pero ahora que él ha venido, Dios sabe por qué, su cariño me llena el corazón. Y estoy seguro de que mi casa no será ya casa si él se va... *(A/ MÉDICO.)* ¿Usted cree...?

EL MÉDICO

Si su destino es que viva, vivirá años y años; pero por lo que los libros dicen, me parece...

MADHAV

¡Ay, Dios mío, qué...!

EL MÉDICO

Bien claro lo dicen los libros: «Humor bilioso, parálisis ajitante, resfriado y gota, todo empieza lo mismo...».

MADHAV

¡Déjese usted de libros, hombre! Con tanta y tanta cosa, no consigue usted sino preocuparme más. Lo que quiero que me diga usted es lo que se puede hacer...

EL MÉDICO (*Tomando rapé.*)

Pues sí; el enfermo necesita el mayor cuidado...

MADHAV

Sí, sí; ya sé... Pero dígame qué hago...

EL MÉDICO

Ya lo tengo dicho: que de ninguna manera se le deje salir de casa.

MADHAV

¡Pobre criaturita! Tenerle encerrado todo el día... Es demasiado...

EL MÉDICO

Pues no hay otro remedio. El sol y la humedad del otoño pueden hacerle mucho daño, porque, como dicen

los libros: «El asma, en desvanecimientos, en temblor nervioso, en ictericia y en ojo de plomo...».

MADHAV

¡Hombre, por Dios, déjeme en paz con los libros...! Entonces, no queda otro remedio que encerrar al pobreillo, ¿eh? ¿No se puede hacer otra cosa?

EL MÉDICO

No, no; «viento y sol...».

MADHAV

Pero ¡qué me importa a mí ahora que si esto o que si lo otro...! Vamos al grano. Lo que usted dice es muy duro para la pobre criaturita...; y como además él lo lleva todo con esa paciencia, y hace cuanto se le dice... ¡Me parte el corazón ver su cara cuando está tomando esa medicina que usted le ha mandado...!

EL MÉDICO

Pues cuantos más visajes haga, mejor. El sabio Chyabana lo ha dicho: «Medicina y buenos consejos, lo que menos gusta es lo que mejor sienta...». Sí, sí... Y me voy corriendo, que tengo mucho que hacer...

(Sale.)

El cartero del rey

Escena II

MADHAV y EL VIEJO

(Entra EL VIEJO.)

MADHAV *(Al VIEJO.)*

... Pero ¿ahí estás tú, maldito?

EL VIEJO

¡No tengas cuidado, hombre, que no te voy a morder!

MADHAV

Sí; pero siempre les estás llenando de viento la cabeza a las criaturas...

EL VIEJO

Tú no eres ningún niño, ni tienes niños en tu casa...
¿Qué más te da?

MADHAV

Es que ahora tengo un niño...

EL VIEJO

¡Un niño! ¿De verdad? Pues ¿qué ha pasado?

MADHAV

Tú recordarás que mi mujer estaba siempre con la manía de que adoptáramos un niño...

EL VIEJO

Pero ya eso es muy antiguo; y además, a ti no te hacía chispa de gracia...

MADHAV

Tienes razón. ¡Tú no sabes lo que me ha costado juntar este dinerillo! Y que el hijo de otro se me entrara por las puertas a tirarme lo que yo, con tanto sudor había ido ahorrando... No podía con eso... Pero esa criatura se me ha metido en el corazón de una manera...

EL VIEJO

¡Buena la hemos hecho! Y ahora se te irá todo en darle gusto al niño... ¡Y tan contentos de que se vaya!

MADHAV

Sí, antes, el dinero era para mí un vicio. ¡Trabajaba con una avaricia...! Ahora, como sé que es para este niño, que quiero tanto, ¡me da una alegría ganarlo...!

EL VIEJO

Bueno, bueno; y ¿dónde encontraste ese niño?

MADHAV

Es hijo de un hermano de mi mujer. Su madre murió hace tiempo, y el otro día se quedó también sin padre...

EL VIEJO

¡Pobrecillo! Así le hago yo más falta.

MADHAV

El Médico dice que no hay parte sana en su cuerpecito, y que no tiene esperanza de que viva. Dice que lo único que hay que hacer es guardarlo de este viento del otoño y de este sol... ¡Pero tú eres el demonio!... ¡Cuidado con irte por ahí, y a tus años, con los chiquillos!

EL VIEJO

¡Bendito Dios! ¿Conque tan malo como el viento y el sol del otoño, eh? Pero también sé hacer que se estén los niños quietecitos en casa... Esta tarde, cuando acabe el trabajo, me vendré a jugar con tu niño...

(Sale.)

Escena III

MADHAV y AMAL

(Entra AMAL.)

AMAL

Tío; oye, tío...

MADHAV

Amal, hijo, ¿eres tú?

AMAL

¿No me dejas salir un poquito del cuarto?

MADHAV

No, rey de mi corazón, no salgas...

AMAL

¡Anda, un poquito nada más...! Voy con tita a ver moler las lentejas... Mira la ardilla, sentada con su rabo tieso; mira cómo coje con sus manitas las semillas y se las come... ¿Voy de una carrera?

MADHAV

No, vida mía, no...

AMAL

¡Ojalá fuera yo una ardilla! Iba a jugar más... Tío, di, ¿por qué no quieres que vaya?

MADHAV

Porque el Médico dice que no es bueno, hijo.

AMAL

¿Y cómo lo sabe él, di?

MADHAV

¡Qué ocurrencias tienes! ¿Cómo no ha de saberlo, con esos libros tan grandes que lee?

AMAL

¿Y en los libros lo dice todo?

MADHAV

Claro, ¿no sabes que sí?

AMAL (*Suspirando.*)

Yo qué sé... Como yo no leo libros...

MADHAV

Pues para que lo sepas; los hombres sabios, que lo saben todo, son como tú; nunca salen de casa...

AMAL

¿De veras? ¿Nunca?

MADHAV

¿Cómo quieres que salgan? Desde que se levantan hasta que se acuestan están leyendo, y no les queda tiempo, ni tienen ojos para otra cosa. Cuando tú seas mayor, serás sabio. Siempre estarás metido en casa leyendo librotos. Y la jente que pase se quedará mirándote, y dirá: «¡Lo que sabe! ¡Es una maravilla!».

AMAL

No, tío, no; por lo que más quieras; ¡no, yo no quiero ser sabio; no quiero, no quiero...!

MADHAV

Pues mira, mi salvación hubiera sido ser sabio...

AMAL

A mí me gustaría más ir a muchos sitios y ver todo lo que hay que ver.

MADHAV

¡Tontón, ver! ¿Y qué quieres ver? ¿Qué es eso que tiene tanto que ver?

AMAL

Quiero ver esa montaña que se divisa desde la ventana... ¡Algunas veces me dan unas ganas de irme volando por encima de ella!

MADHAV

¡Eres tonto! ¿Tú crees que no hay más que ir y subirse a la punta de la montaña? Y luego, ¡qué, vamos a ver...! ¡Tú estás loco, hijo! ¿No comprendes tú que si esa montaña está ahí en pie, como está, está por algo? Si pudiéramos ir más allá, ¿para qué amontonar tanta piedra? ¿A qué habrían hecho una cosa tan grande? Vamos, hombre...

AMAL

¿Tú crees, tío, que la han hecho para que nadie pase? Pues a mí me parece que es que como la tierra no puede hablar, levanta la mano hasta el cielo y nos llama; y los que viven lejos y están sentaditos siempre en su ventana, la ven llamar... Pero será que los que son sabios...

MADHAV

¡Te creerás tú que los sabios sólo tienen que pensar en esas tonterías! Tendrían que estar tan locos como tú...

AMAL

Pues mira, ayer conocí a uno que está entonces tan loco como yo...

MADHAV

¡Dios santo! ¿Quién? ¿De veras?

AMAL

... Llevaba un palo de bambú al hombro, con un lío en la punta, y llevaba un perol en la mano, y tenía puestas unas botas más viejas... Iba, camino de los montes, por aquella pradera que está allí... Y yo le pregunté, gritando: «¿Adónde vas?». Él contestó: «No sé, no sé, a cualquier parte». Y yo le pregunté otra vez: «¿Por qué te vas?». Y me dijo: «Voy a buscar trabajo...». Tío, di: ¿tú no tienes que buscar trabajo?

MADHAV

¡Claro! Hay mucha jente que busca trabajo por ahí...

AMAL

¡Qué gusto! Pues yo me voy a ir también por ahí a buscar cosas que hacer...

MADHAV

¿Y si no encuentras nada? Entonces...

AMAL

¡Eso sí que sería divertido! Pues entonces iría más lejos todavía... Tío, yo estuve mirando mucho tiempo a aquel hombre que se iba, andando despacio, con sus botas viejas... Cuando llegó a ese sitio del arroyo donde está la higuera, se puso a lavarse los pies, luego, sacó de su lío un poco de harina, le echó un chorrito de agua, y se la comía... Luego, ató su lío y se lo puso otra vez al hombro; se recojió la falda hasta la rodilla, y pasó el arroyo... Ya le he dicho yo a tita que me deje ir al arroyo a comerme mi harina de grama, como él...

MADHAV

¿Y qué te ha dicho tita?

AMAL

Me dijo: «Ponte bueno, y entonces te llevaré al arroyo...». Di tú: ¿cuándo voy a ponerme bueno?

MADHAV

Ya pronto, vida mía.

AMAL

¡Qué bien! Entonces, en cuanto esté bueno del todo, me iré, ¿verdad?

MADHAV

¿Y adónde quieres irte, di?

AMAL

No sé. Me iré andando, andando... Pasaré muchos arroyos, metiéndome en el agua. Todo el mundo estará dormido, con las puertas cerradas, porque hará ya mucho calor... Y yo iré andando, andando; y buscaré trabajo lejos, muy lejos, más lejos cada vez...

MADHAV

Bueno; pero creo que primero debes hacer por ponerte bien, y después...

AMAL

Entonces ¿ya no vas tú a querer que yo sea sabio, verdad, tío?

MADHAV

¿Y qué te gustaría ser a ti, vamos a ver?

AMAL

Ahora no lo tengo pensado; pero ya te lo diré yo luego.

MADHAV

Y mira: no quiero que llames a ningún desconocido, ni que te pongas a hablar con el primero que pase, ¿sabes?

AMAL

¡Si a mí me gusta tanto hablar con ellos!

MADHAV

¿Y si te robaran?

AMAL

¡Eso sí que me gustaría! Pero no; nadie me lleva nunca; a nadie se le ocurre sacarme de aquí...

MADHAV

Tengo que irme a trabajar, hijo. ¿Verdad que no saldrás?

AMAL

No, tío, no saldré; pero déjame estar en este cuarto que da al camino...

(Sale MADHAV.)

Escena IV

AMAL y EL LECHERO

EL LECHERO (*Fuera.*)

... ¡Quesitos, quesitos, a los ricos quesitos!

AMAL

¡El de los quesitos, oye, el de los quesitos!

EL LECHERO (*Entrando.*)

¿Me has llamado, niño? ¿Quieres comprar quesitos?

AMAL

¿Cómo quieres que los compre, si no tengo dinero?

EL LECHERO

Entonces, ¿para qué me llamas? ¡Vaya una manera de perder el tiempo, hombre!

AMAL

Si yo pudiera, me iría contigo...

EL LECHERO

¡Conmigo...! ¿Qué estás diciendo?

AMAL

Sí; ¡me entra una tristeza cuando te oigo pregonar allá abajo, por la carretera...!